

Cecilia Hidalgo*

La Universidad de Buenos Aires y la interdisciplina¹

Resumen | En este trabajo se repasan las distintas formas institucionales que adquirieron las iniciativas interdisciplinarias en la Universidad de Buenos Aires desde la vuelta al estado de derecho en Argentina en 1983. Entre tales iniciativas se destaca en primera instancia la experiencia interdisciplinaria desplegada por el Centro de Estudios Avanzados (CEA). Se caracterizan las adecuaciones que conllevó en las universidades la orientación neoliberal del gobierno nacional en la década de 1990, donde la opción por la interdisciplina se articuló con la conformación de alianzas y redes de cooperación con sectores extrauniversitarios, tanto de la esfera empresarial privada como de instancias gubernamentales más amplias. Aún cuando el CEA dejó de funcionar en 2003 como tal, se muestra que la promoción de la interacción interdisciplinaria ya no dejaría de figurar en la agenda de la UBA, primero con la creación de los Programas Interdisciplinarios de la UBA y luego con su incorporación como variante específica de la programación regular del sistema de investigación científica de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la universidad. Por fin, se conecta brevemente esta situación con el refuerzo de la voluntad integradora y de búsqueda de relevancia social que conllevó las políticas nacionales de decidido impulso a la investigación científica y tecnológica llevadas adelante en las presidencias de Néstor Kirchner (2003-2007) y fundamentalmente de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015). En este periodo la investigación interdisciplinaria consolidó su figuración en la gran agenda política nacional orientada a gestar conocimientos socialmente aplicables, agregar valor a la producción de bienes y servicios que estimularan la innovación y favorecieran la inclusión social. Hito en este sentido fue la creación del Centro Interdisciplinario de Estudios de la Ciencia, Tecnología e Innovación (CIECTI) en el seno del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva (MINTIC) de la Nación. Al propio tiempo, se argumenta que la creciente participación de los científicos argentinos en importantes convocatorias de agencias de investigación científica internacional contribuyó de manera cru-

Recibido: 4 de julio de 2016. Aceptado: 2 de agosto de 2016.

*Universidad de Buenos Aires.

1 La autora agradece las sugerencias de los evaluadores anónimos y de los responsables editoriales. Esta investigación fue apoyada por la Programación UBACYT subsidio 447BA, el Instituto Interamericano para la Investigación del Cambio Global Grants IAI-CRN-3035 e IAI-CRN3106, y por el Programa "Dynamics of Coupled Natural and Human Systems" de la NSF-EE.UU, Grant 1211613.

Correo electrónico: chidalgo@filo.uba.ar

cial a la mencionada consolidación. La revisión permite extraer algunas lecciones más generales sobre el papel y la dinámica que las políticas de investigación desempeñan en la promoción y el aprovechamiento del potencial de la interdisciplina.

The University of Buenos Aires and interdisciplinarity

Abstract | In this work are revisit the different institutional formats that interdisciplinary initiatives acquired at the University of Buenos Aires (UBA) since 1983 with the return to democracy in Argentina. The first of them around the experience and trajectory of the Centre for Advanced Studies (CEA, por sus siglas en español). Adjustments derived from the neo-liberal orientation of the national Government in the 1990s, are connected to an option for arrangements in which interdisciplinarity was articulated with the conformation of alliances and networks of cooperation with sectors out of academia, both private and governmental. Even though CEA ceased its functioning in 2003, the agenda of the UBA the promotion of interdisciplinary interaction took new formats, namely first through the creation of five interdisciplinary programs and later also incorporated as a specific variant of the regular scientific research of the University. Finally, the paper connects the consolidation of the interdisciplinary ideal with a new impetus generated by the scientific and technological policies enforced during the presidencies of Néstor Kirchner (2003-2007) and mainly Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015). In this period interdisciplinary research strengthened its participation in the national political agenda as a way to produce usable and socially relevant knowledge, add value to the production of goods and services that could stimulate innovation and favor social inclusion. Milestone in this regard was the creation of the Interdisciplinary Center for Studies of Science, Technology and Innovation in the heart of the National Ministerio de Ciencia, Tecnología en Innovación Productiva. It is also argued that the increased participation of Argentine scientists in calls of international scientific research agencies and knowledge networks contributed crucially to the consolidation of interdisciplinary research in the region. Some general lessons about the role and dynamics of research policies that promote interdisciplinarity in countries like Argentina are outlined.

Palabras clave | investigación interdisciplinaria | sistema científico de la Universidad de Buenos Aires | innovación y redes de conocimiento

Keywords | interdisciplinary research | scientific system of the University of Buenos Aires | innovation and knowledge networks

Introducción

La recuperación institucional y la búsqueda de autonomía tecnológica constituyeron dos ejes articuladores de las políticas científicas promovidas en Argentina a partir de la vuelta al estado de derecho en 1983. El triunfo en las urnas de

Dr. Raúl Alfonsín, que puso fin a los largos años (1976-1983) de la sangrienta dictadura militar, encontró a un conjunto de renombrados científicos y tecnólogos argentinos cerca del presidente con la capacidad de desarrollar sus perspectivas académicas teniendo un papel crucial en las innovaciones institucionales puestas en marcha en democracia. Muchos de ellos —como Manuel Sadosky, Gregorio Klimovsky y Rolando García— habían sido protagonistas en la Facultad de Ciencias Exactas de la considerada “universidad de oro” de los años 1955-1966. Otros, como Jorge Sábato, eran reconocidos por sus ideas acerca la importancia de lograr que la capacidad técnico científica nacional se fundara en decisiones autónomas a fin de insertar la investigación en la trama misma del proceso de desarrollo. Sábato, quien había impulsado en 1955 el Departamento de Metalurgia de la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA), sostenía que además de construir una vigorosa infraestructura científica, había que acoplarla a la estructura productiva de la sociedad para lograr independencia económica y soberanía política (Ciapuscio 1994). Su prematura muerte impidió que ocupara los altos cargos de conducción que se le tenían asignados, pero la idea guía que vincula estrechamente la cuestión científica y el desarrollo productivo autónomo fue eje de argumentación en favor de las políticas científico-tecnológicas que, impulsadas a nivel nacional desde 1983, dieron forma al rediseño de las instituciones universitarias —entre ellas la Universidad de Buenos Aires— y sigue siendo en la actualidad núcleo de referencia y justificación de las iniciativas interdisciplinarias.

En este trabajo repasaremos las distintas formas institucionales adquiridas por tales iniciativas, destacándose en primera instancia la experiencia interdisciplinaria desplegada en el Centro de Estudios Avanzados (CEA). Nos detendremos luego en las adecuaciones que conllevó en las universidades la orientación neoliberal del gobierno nacional en la década de 1990, donde la opción por la interdisciplina se articuló con la conformación de alianzas y redes de cooperación con sectores extrauniversitarios, tanto de la esfera empresarial privada como de instancias gubernamentales más amplias. Veremos entonces que si bien el CEA dejó de funcionar en 2003 como tal bajo el rectorado del Dr. Guillermo Jaim Etcheverry (2002-2006), la promoción de la interacción interdisciplinaria ya no dejaría de figurar en la agenda de la UBA, primero con la creación de los Programas Intersdisciplinarios de la UBA y luego con su incorporación como variante específica de la programación regular del sistema de investigación científica de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la universidad. Por fin, conectaremos brevemente esta situación con el refuerzo de la voluntad integradora y de búsqueda de relevancia social que conllevó las políticas nacionales de decidido impulso a la investigación científica y tecnológica en las presidencias de Néstor Kirchner (2003-2007) y fundamentalmente de Cristina Fernández de Kir-

chner (2007-2015). En este periodo la investigación interdisciplinaria consolidó su figuración en la gran agenda política nacional orientada a gestar conocimientos socialmente aplicables, agregar valor a la producción de bienes y servicios que estimularan la innovación y favorecieran la inclusión social. Hito en este sentido fue la creación del Centro Interdisciplinario de Estudios de la Ciencia, Tecnología e Innovación (CIECTI) en el seno del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva (MINCYT) de la Nación. Al propio tiempo, la creciente participación de los científicos argentinos en importantes convocatorias de agencias de investigación científica internacional contribuyó de manera crucial a la mencionada consolidación.

La revisión de lo ocurrido nos permitirá extraer algunas lecciones generales sobre el papel y la dinámica que la promoción y el aprovechamiento del potencial de la interdisciplina han mostrado en países como Argentina. A cambios críticos en las condiciones socioeconómicas locales y globales, le correspondieron transformaciones significativas en la manera en como desde las universidades se argumentó a favor de la interdisciplina, se definió su función y se sostuvo su práctica. A lo largo del periodo las metas de reestructuración y modernización institucional, integración del conocimiento y relevancia social de la investigación científica para el desarrollo y la inclusión, encontraron en la interdisciplina una bandera de lucha epistémica y política siempre eficaz.

El contexto de las iniciativas interdisciplinarias de la UBA

Durante la dictadura, la represión ideológica y el vaciamiento de los planteles docentes habían impuesto serios obstáculos a la investigación en las universidades. Por añadidura, el ámbito de influencia del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) se circunscribía a los centros e institutos propios, sin mayor injerencia en la universidad. El logro de las transformaciones a las que se aspiraba con la recuperación de la democracia urgían una profunda reforma organizacional interna a las universidades, así como una mayor articulación del complejo científico nacional todo, integrado además de por el CONICET por instituciones vinculadas con sectores productivos y económicos como el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) y la CNEA (Oteiza 1992).

Las políticas nacionales en el terreno científico fueron formuladas por la Secretaría de Ciencia y Técnica (SECYT) —creada por Alfonsín con rango análogo a un ministerio— y el CONICET, al que se reformó organizacionalmente de manera sustancial. En ambas instituciones, así como en la propia UBA, fue crucial la participación de los científicos del grupo de Exactas. Tal es el caso de Rolando

García² cuya actuación, que ya no tomó en este período cargos de conducción institucional, fue emblemática de la voluntad de establecer espacios interdisciplinarios concebidos como dispositivos: a) propicios a la innovación y el abordaje de temas complejos de relevancia socioeconómica, y, b) integradores en una institución anquilosada que debía superar las fuertes tendencias aislacionistas de sus distintas unidades académicas (Vasen 2012).

Las iniciativas científico-tecnológicas de la UBA nutrieron su imaginario en la reforma universitaria de 1918 y en los logros científico-académicos del período 1955-1966 que a las banderas de la primera —cogobierno y autonomía— sumaban la promoción de la producción de conocimiento como un objetivo central de la universidad. La alusión a la necesidad de una reforma institucional fue una constante a lo largo del siglo xx. Tal es el ejemplo de Mario Albornoz (1994), quien desde su cargo de Secretario de Ciencia y Técnica de la UBA y artífice del establecimiento de un sólido sistema de investigación, no cesó de alegar que las transformaciones sociales de la época reclamaban una nueva reforma universitaria. En la visión de Albornoz, la revolución científica y tecnológica se había convertido en un dilema de hierro para los países en desarrollo que de no resolverse arriesgaban perder la posibilidad de crecer e insertarse adecuadamente en la economía internacional. A las universidades les competía elevar en forma eficaz, y a la vez equitativa y democrática, el umbral de capacitación técnica de la sociedad. En su doble papel de formadoras de recursos humanos y creadoras de conocimiento, vinculado con la búsqueda de modelos de mayor equidad social, las universidades requerían una nueva reforma con las siguientes características: profunda identificación con el conocimiento científico, compromiso con las demandas sociales, flexibilización de estructuras para permitir el desarrollo de actitudes creativas innovadoras e integración de la identidad cultural propia y la universalidad (Albornoz 1994). La promoción de la interdisciplina figuraría siempre en un lugar destacado en el imaginario acerca de las maneras de enfrentar tales requerimientos y para darle lugar institucional se fueron ensayando con mayor y menor suerte diversas estructuras organizacionales.

No es de extrañar que aún cuando los actores universitarios coincidieran en la necesidad de un cambio institucional profundo, los conflictos en torno a la orientación y forma que éste debía tomar tornaran visibles divergencias y fracturas preexistentes e incluso generaran nuevos conflictos. Éstos se desplegaron en especial entre las facultades y el rectorado, pero también entre las facultades de orientación profesionalista y las de orientación académico-cien-

2 Rolando García había sido decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA entre 1957 y 1966, además de vicepresidente del CONICET, creado en 1958, desde donde se definía la asignación de fondos para la investigación científica.

tífica, y aún entre estas últimas con base en enfoques diferenciales acerca de la mejor manera de promover la producción de conocimiento científico de calidad y relevante.

En la UBA prevalecía el perfil de una federación de facultades profesionales, que sentían amenazada su situación de poder relativo ante el énfasis en el proyecto de una institución integrada y de carácter científico. Los estudiosos de la trayectoria de las universidades latinoamericanas coinciden en señalar que el modelo prevaleciente en la región hasta la década de 1980 era el napoleónico profesionalista (Arocena y Sutz 2001; Buchbinder 2005; Halperín Donghi 1962), modelo que en la UBA el periodo de modernización académica de la época de oro no había logrado desplazar y/o complementar, y que aún hoy en día prevalece. Desde la actuación del primer rector, Dr. Francisco Delich (1983-1986), designado por el Poder Ejecutivo con la tarea de “normalizar” la institución, se intentaron diversas maneras de romper el tan instalado esquema “feudal”, montado sobre la base de facultades e institutos fuertes y atomizados. El ideal de una universidad con mayor unidad alrededor de un perfil científico compartido quedó asociado a una restructuración que asignaba un alto protagonismo al rectorado. En efecto, entre los cambios más significativos que produjo Delich figura sin lugar a dudas la creación del Centro de Estudios Avanzados (CEA) que se planteó el objetivo de dar impulso a la investigación interdisciplinaria.³

En este primer momento el discurso en pro de la interdisciplinarietà desempeñó una función crítica e instrumental (Klein 2011; Lattuca 2001): se la concibió como una herramienta útil para cuestionar y romper con formas organizativas consideradas inadecuadas. La creación de estructuras transversales resultaba funcional con planes de reforma institucional más amplios e igual papel le tocaba al discurso sobre la importancia de lograr la integración del conocimiento, justificado epistemológicamente con las medidas administrativas adoptadas. La reforma era la meta principal y la interdisciplina un medio privilegiado para quebrar rutinas asentadas.

3 Asimismo, durante el rectorado normalizador de Delich, se repuso el estatuto universitario de 1966; en 1985 se creó el Ciclo Básico Común (CBC) atendiendo a una demanda cuantitativamente importante de formación universitaria que la dictadura militar había reprimido desde lo ideológico pero también desde lo operativo con restricciones al ingreso; se creó el Centro Cultural Ricardo Rojas desde donde se impulsó la extensión, la transferencia de conocimientos a un amplio público y la experimentación artística de vanguardia; se revisaron los planes de estudios y la pedagogía universitaria; se crearon nuevas carreras en ciencias sociales, como Comunicación y Ciencias Políticas primero con dependencia directa del rectorado para dar paso luego a la creación de una nueva Facultad de Ciencias Sociales. Se estableció un cronograma para la realización de elecciones en los claustros de docentes, graduados y estudiantes que cerrara el periodo normalizador, en las que el contador Oscar Shuberoff fue elegido rector.

Sin pretender trazar paralelos estrictos con lo ocurrido en otras universidades latinoamericanas, la UBA no sería el único caso donde el ideal interdisciplinario se enarboló como instrumento al servicio de una batalla contra estructuras anquilosadas. Tal y como se constata en las palabras de Vienni *et al.* (2015), la experiencia argentina guarda semejanza con el contexto de creación del Espacio Interdisciplinario (EI) en la Universidad Nacional de la República en Uruguay en 2009:

[...]La UdelaR, única universidad pública que concentra a la mayoría de los docentes e investigadores del país, ha iniciado un proceso de cambio en el marco de la denominada Segunda Reforma Universitaria (SRU), donde pueden identificarse propuestas que buscan impulsar transformaciones sustantivas en las modalidades de producción de conocimiento. Entre estos cambios se registra el fomento a la investigación interdisciplinaria a través de la creación de diversos programas que cuentan con el apoyo financiero del EI. (Vienni *et al.* 2015:17).

La experiencia interdisciplinaria del Centro de Estudios Avanzados

A inspiración del homónimo de la Universidad de Princeton, el CEA de la UBA fue creado en 1985 por el rector normalizador Francisco Delich con la pretensión de contribuir al desarrollo y transformación del país y de la propia UBA mediante estudios interdisciplinarios relativos a problemas y encrucijadas de la sociedad argentina y la generación de conocimiento que combinase aspectos de las ciencias exactas, las ciencias naturales y las ciencias tecnológicas. Se instituía así un espacio para la investigación integradora por fuera de la estructura de las facultades, donde la investigación corría por carriles mayoritariamente disciplinares. Al igual que el Ciclo Básico Común (CBC) —dedicado a los ingresantes a la UBA—, el CEA dependía directamente del rectorado, orientándose en este caso a las fases terminales de la formación superior, es decir, a un espacio de la investigación donde se pudieran generar ideas innovadoras sin las restricciones académicas ordinarias y asumiendo el desafío de la complejidad y la cooperación intelectual. En su excelente trabajo sobre las políticas científicas de la Universidad de Buenos Aires, Federico Vasen (2012) muestra cómo la trayectoria del CEA da testimonio tanto de las tensiones existentes en torno a la relación entre el rectorado y las facultades como de la discusión respecto del tránsito de la federación de facultades a una universidad científica.

El CEA fue admitido en líneas generales, aun cuando en el embate del rector normalizador Delich contra los “feudos” de las facultades naufragaron otras propuestas de reestructuración, en especial la de descentralización de la univer-

sidad. Pero hacer que el conjunto de la comunidad universitaria se adhiriera a un modelo científico que insumía gran parte de los recursos generales no sería tarea sencilla. Sobre todo cuando, además y por su parte, las facultades orientadas a la investigación miraban con recelo la creación de instancias por fuera del esquema tradicional federativo. En efecto, si bien se cuidó que en las actividades de investigación y formación de posgrado participaran agentes de las distintas facultades, éstos lo hicieron más a título propio que como representantes de aquéllas. La puja de poder alrededor de la distribución de los recursos y prestigio entre las unidades académicas no tardó en generar bolsones de desconfianza y oposición a este primer intento de instalar la investigación interdisciplinaria en un lugar central de la agenda institucional.

No obstante, el funcionamiento del CEA perduró a lo largo de la extensa gestión del primer rector post normalización, contador Oscar Shuberoff, quien electo de acuerdo con procedimientos estatutarios y en sucesivas renovaciones de su mandato (1986-2002) no sólo insistió en sostener espacios de interacción entre las facultades como el CEA sino que apostó a darle un perfil elevado. Durante su rectorado se incorporaron al Centro investigadores de alto prestigio, que podían dedicarse a investigaciones sin paralelo en las facultades y cuyas tareas docentes se restringían al compromiso con maestrías interdisciplinarias como las de política y gestión de la ciencia y la tecnología, integración económica latinoamericana y MERCOSUR, migraciones o uso indebido de drogas que tenían su sede en el Centro. El CEA fue dirigido sucesivamente por Carlos Mallmann, Emilio de Ipola, Roberto Perazzo y Sara Slapak. Personalidades de gran talla académica desarrollaron allí sus investigaciones: Rolando García con sus trabajos sobre los sistemas complejos y la interdisciplina, Jorge Morello sobre la degradación ambiental en el Núcleo Maicero de la Pampa Argentina, Emilio Fermin Mignone sobre la relevancia de los aprendizajes en el sistema argentino de educación formal, Miguel Teubal sobre los sistemas agroalimentarios en Argentina, M. Teubal o Carlos Correa sobre innovaciones tecnológicas y propiedad intelectual, entre otros importantes proyectos.

Se ha argumentado profusamente que la interacción y la integración interdisciplinarias exigen tiempo y, por ende, firmeza y convicción por parte de las autoridades, agentes de las fuentes de financiamiento e investigadores (Hidalgo *et al.* 2011; Podestá *et al.* 2012; Lyall *et al.* 2013). Las iniciativas interdisciplinarias no suelen lograr en el corto lapso igual reconocimiento y fortaleza que las áreas académicas más consolidadas, y, si los incentivos no son consistentes, los esfuerzos organizacionales, materiales e intelectuales realizados pueden diluirse antes de llegar a mostrar su valor agregado.

En el caso del CEA, las dificultades políticas planteadas por la reorganización institucional se combinaron con las epistemológicas y prácticas inherentes a la

investigación interdisciplinaria. En particular, la puja distributiva por recursos abrió flancos de vulnerabilidad en cuanto a la continuidad de la estructura institucional creada, constituyéndose en un desafío que puso a prueba la capacidad de encontrar nuevas soluciones institucionales para dar cauce a la articulación del conocimiento. Los marcos generales de estímulo al trabajo interdisciplinario trazados por los responsables de la conducción universitaria no bastaron para zanjar la falta de reconocimiento de este tipo de enfoque.

El Centro no logró articularse virtuosamente con el sistema y su aislamiento con respecto a las actividades generales de investigación de la universidad se constata incluso en la baja participación de sus proyectos en la asignación de los subsidios y becas de investigación de las programaciones UBACYT. Por añadidura, fue mirado como un espacio de privilegio funcional a la construcción de poder del rectorado que, por fuera del régimen de concursos, reunía a grandes figuras sin inserción posible en las distintas facultades, asignándoles recursos generosos en términos de contratos de dedicación exclusiva y equipamiento. Este mismo aislamiento restaría sustentabilidad a largo plazo al CEA, cuya perduración quedaba amenazada por la naturaleza precaria de su estructura organizativa. Téngase en cuenta, por ejemplo, que las designaciones, realizadas en general en forma interina, restaban estabilidad a un plantel que, a pesar de sus elevados créditos, debía año con año renovar su condición contractual. Nunca se conformó el consejo que debía regirlo ni se le asignó un presupuesto claro. Así las cosas y a pesar de lo impactante del plantel y de las temáticas transversales a las que se dedicaron, la labor del CEA no logró ser vista en su conjunto como marcando una diferencia, ni el Centro se consolidó como un espacio de excelencia digno de ser especialmente apoyado, al margen del mérito que individualmente pudiera asignarse a los estudios llevados adelante por investigadores tan prestigiosos. La asfixia presupuestaria de la década de 1990, a la que nos referiremos a continuación, y que culminara con la gran crisis económica que sufrió Argentina en 2001, contribuiría a la disolución del Centro en 2003 y a la relocalización de sus proyectos y posgrados en las facultades tradicionales. Se alegaba que el CEA no había cumplido con sus objetivos, que se había mantenido aislado y sin concursar a sus docentes, y concentrando problemas de organización y gestión institucional. Los argumentos en favor de la disolución del Centro eran de corte administrativo, sin que mediara una evaluación “seria, independiente y profunda” de lo realizado en el CEA, tal como lo requería uno de sus ex directores, el Dr. Carlos Mallmann. En los largos debates de marzo de 2003 que precedieron la resolución de su desarticulación, el rector y la mayoría de consejeros superiores —decanos y profesores— expresaron la valoración de la existencia de espacios transversales de producción de conocimiento, junto con el convencimiento de que debían hallarse otras vías para dar un cauce institucional estable al ideal interdisciplinario en la UBA.

Las temáticas de neto corte transversal que se abordaron en el CEA, el esfuerzo de reflexión sobre las características, potencialidades y dificultades de la investigación interdisciplinaria, así como la producción académica y de formación profesional en torno a la cuestión de las políticas y la gestión científico-tecnológica convirtieron a la experiencia del Centro en punto de referencia sobre el que las iniciativas posteriores nutrieron su accionar en lo epistemológico, no así en lo organizacional. El desafío de dar continuidad a las prácticas interdisciplinarias tendría que ser abordado con soluciones que no repitieran las rutinas de cristalización de estructuras administrativo-académicas, fuera en “centros” como el CEA o en los más tradicionales “institutos” de investigación de las facultades.

Tres fueron los espacios en los que la interdisciplina encontraría un lugar: el sistema de investigación UBACYT, la creación de espacios interdisciplinarios en el seno de las facultades y la cooperación internacional. El sistema de Ciencia y Técnica de la UBA se implementó con éxito y fue consolidándose progresivamente durante la gestión del profesor Mario Albornoz como secretario de Ciencia y Técnica de la universidad (1986-1994) sobre la base de la financiación de proyectos a término. Albornoz fue la figura central que lograría diseñarlo e instalarlo con un equilibrio entre centralización y descentralización capaz de otorgarle aceptabilidad y sostenibilidad a un sistema que perdura hasta el presente. Se centralizaba en el rectorado el diseño de las convocatorias, las modalidades de evaluación y seguimiento de proyectos, el otorgamiento de becas y subsidios, al tiempo que se descentralizaba la ejecución de los proyectos en sede de las facultades, constituyéndose en un claro apoyo a la investigación regular, a cuyos agentes se transferían directamente los recursos. En el seno de las facultades se dio impulso a la creación de estructuras más estables que los proyectos, en especial, áreas y programas temáticos en los que se instaba a la reunión de investigadores, docentes y becarios de las distintas carreras. Ello fue en paralelo al diseño de programas de posgrado dedicados a temáticas transversales. Elocuente como ejemplo fue el caso de los estudios de género que dieron lugar en 1992 a la creación del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer (AIEM); propuesto en primera instancia para impulsar, promover y coordinar los estudios e investigaciones científicas sobre la mujer en cualquier época y bajo todos sus aspectos. Su crecimiento académico fue tal que en 1997 se le otorgó el rango de Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género. Asimismo, en tiempos de seria restricción presupuestaria y crisis económica generalizada, el desafío institucional se orientó a lograr que el importante potencial de investigación de la universidad, en gran medida disperso, se articulara con otras instancias extrauniversitarias. La cooperación internacional incidió en el oxígeno que los equipos científicos más consolidados del país consiguieron al

integrarse activamente a redes de cooperación con financiamiento de agencias europeas y de los Estados Unidos. Estas agencias, que ya enarbolaban agendas de neto corte interdisciplinario, canalizaron y dieron forma más explícita a la búsqueda de formatos de integración de equipos, definición y encuadre de temáticas de investigación que permitieran no sólo la comprensión sino la intervención sobre los grandes problemas del país y de la época. Tal el caso de los programas marco la Unión Europea, las convocatorias a consorcios multinacionales de la Fundación Nacional de Ciencias de los EUA, en especial su Programa Dynamics of Coupled Natural and Human Systems y la actuación de alta significación regional de instituciones interamericanas como el Interamerican Institute for Global Change Research (IAI), entre otras iniciativas en la misma dirección integradora general.

La asfixia presupuestaria de los noventa: interdisciplina en la vinculación universidades, gobiernos y empresas industriales

Con la implantación de medidas neoliberales/neoconservadoras durante la presidencia de Carlos Menem (1989-1999), las instituciones de educación superior debieron enfrentar la agudización de acuciantes demandas, entre las que Graciela Riquelme (2006) resalta tres: las derivadas de 1) el crecimiento cuantitativo de la población en edad de ingresar; 2) la dinámica del crecimiento económico y el aparato productivo junto al mercado de trabajo en el corto y mediano plazo, y, 3) el desarrollo de la ciencia y la tecnología locales y/o del conocimiento en una sociedad jaqueada por los procesos de internacionalización de la economía y la cultura. Si bien en los noventa se alentaba una supuesta recuperación del producto y la modernización competitiva de un tramo de las actividades económicas, la desregulación y privatización de las empresas públicas —incluso YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), la petrolífera estatal— supuso un marcado crecimiento de la desocupación, con un pico en 1995.

En efecto, en los noventa las universidades públicas padecieron lo que Albornoz (1994) refiere como “estrangulamiento”, producido por la expansión de la matrícula y una restricción presupuestaria que había alcanzado dimensiones desconocidas históricamente. La infraestructura académica no había acompañado la expansión de la matrícula y tampoco lo hizo la masa de recursos asignados al sistema de educación superior. Si bien durante el periodo de mayor crecimiento del alumnado la inversión había aumentado considerablemente, el balance neto era negativo. La magnitud alcanzada por este desequilibrio entre población universitaria y recursos necesarios para satisfacer los requerimientos del crecimiento económico, la construcción de sociedades innovadoras, productivas y equitativas llevó a la aplicación de elementos de planeamiento universitario tendientes

a mejorar la eficiencia estructural de las universidades, optimizando sus recursos disponibles y consolidando capacidades mediante mecanismos de integración tanto intersectorial como interdisciplinaria (cooperación regional, conformación de masas críticas en investigación y desarrollo, formación de posgrado, redes de información y colaboración científica y académica). La interdisciplina se tornaba un mandato a la hora de afrontar cuestiones de utilidad e interés en la creación y fortalecimiento de bloques económicos, las más variadas formas de asociación de empresas y la constitución de consorcios de investigación y desarrollo, concebidos como respuestas factibles para constituir masas críticas de investigadores y tallar en la solución de los problemas científicos más importantes.

La complejidad y los nuevos actores públicos y privados que entraron en escena con las transformaciones institucionales de la década imprimieron gran presión sobre las universidades en el sentido de transformar el perfil de los graduados y encontrar nuevas maneras de vincularse con los sectores extrauniversitarios, muchas veces para compensar los efectos del estrangulamiento presupuestario. Los estilos de vinculación, negociación y acuerdo con los actores sociales involucrados fueron variados. Entre ellos se destacan las formaciones alianzas, consorcios y complejas redes de colaboración entre universidades, gobiernos y empresas industriales. La situación generó un considerable debate acerca de las implicaciones que conllevan estos cambios en economías en las que la capacidad industrial está limitada, los recursos financieros son escasos y donde producir conocimiento y transferirlo depende de políticas nacionales e internacionales que no siempre favorecen el aprovechamiento pleno de los resultados, máxime cuando, como en este caso, los sectores económicos no se comprometerían a absorber de manera expansiva en las empresas a los profesionales formados (Riquelme 2006, Stagnaro 2015).

Las universidades tuvieron que agudizar su creatividad y proactividad para superar las restricciones y exigencias de la época ante la falta de un impulso estatal que llegara a conformar una política de Estado con respecto a la ciencia y la tecnología. Durante el periodo las universidades lideraron el mantenimiento de las capacidades científicas del país. Notcheff (2002) señala que a la retracción del Estado se unió la ausencia de demanda de innovaciones realizadas en el país por parte de los agentes económicos más poderosos. Esta insuficiencia estaba originada a su turno en las formas en que obtenían sus extraordinarios beneficios, que no necesitaban de la innovación, la formación y el empleo de recursos humanos muy calificados. La especulación financiera y los desequilibrios macroeconómicos contribuyeron en los noventa a reducir el interés de los empresarios por las actividades de ciencia y técnica. Así como la industrialización implicó procesos de desarrollo tecnológico, la desindustrialización, la regresión estructural, la desarticulación industrial y la insuficiencia de inversión fueron

causas de la ausencia de políticas de ciencia y tecnología.⁴ Fuera del Estado, las fuentes de financiamiento de investigación y desarrollo incluyeron algunas empresas, financiando para el periodo 1995-1998 aproximadamente el 28% en gasto en el rubro. El resto fue financiado por el gobierno y la educación superior y universitaria (67%), las organizaciones privadas sin fines de lucro (2%), y el extranjero (3%). Siempre según Notcheff, esto es indicativo no sólo de fallas del Estado sino en mayor medida, de los mercados y en especial del comportamiento de la cúpula empresarial, incluyendo los acreedores externos y los organismos multilaterales de crédito. En un país con un Estado débil, mercados fuertemente oligopolizados, incompletos e ineficientes, y una alta concentración y centralización del capital, la cúpula empresarial determinó en gran medida el sendero que siguió el resto del empresariado.

Así, la vinculación de las universidades resultaría más fecunda y fluida con el sector público que con el sector productivo, y frecuentemente se dio más por mérito de la propia universidad y los grupos académicos, sobre todo a través de la creación de programas de investigación de posgrado. La UBA, como la mayor parte de las universidades nacionales, impulsó este tipo de vinculación y aprobó reglamentaciones especiales para sus actividades, particularmente en cuanto a la propiedad de resultados, la elaboración de contratos tipo y la participación de docentes investigadores en los beneficios obtenidos.

La participación en redes de conocimiento multinacionales e interdisciplinarias se constituyó en la alternativa privilegiada frente a la demanda de poner a la ciencia y la tecnología locales a la altura de los desafíos y avances globales en la materia. La UBA, en tanto una de las instituciones del país más importantes

⁴ Notcheff (2002) consigna lo reducido del gasto público en ciencia y técnica en la Argentina de esos años: en el periodo 1990-1999, cuando se consolidaron las políticas neoconservadoras fue del 0,36% del gasto público consolidado y en ninguno de esos años superó el 0,43% del mismo. En 2000, bajo la presidencia de Fernando de la Rúa (1989-2001) el gasto en CYT alcanzaba sólo el 0,87% y el gasto en personal de CYT al 5,50%. Estas cifras indican la marginación que la CYT tenía en la agenda del Estado Nacional, no sólo por lo reducido de la participación en el personal y gasto totales, sino porque las remuneraciones eran apenas superiores en un 10,7% a las del total, que incluye personal no calificado. La diferencia entre las remuneraciones medias del personal dedicado a CYT era además extremadamente bajo, sobre todo tomando en cuenta que el ingreso a la condición de becario de CONICET, por ejemplo, requiere como mínimo 17 años de educación formal, más otros requisitos académicos, y el ingreso a la carrera de investigador, varios años más, publicaciones, experiencia en la investigación, etc. También era baja la participación en el gasto en la agenda de los estados provinciales y los municipios, con la consiguiente dificultad de atender a cuestiones de CYT específicas a las diversas regiones del país, o generar sistemas de innovación locales. Si a estas consideraciones se le agrega el gasto en educación superior y universitaria, el panorama empeora, pues éste alcanza sólo el 0,83% de PBI y a 2,65% del total del gasto público consolidado.

alineadas en la oposición al gobierno menemista, rechazaba la idea de generar tan solo capacidad local de aplicar tecnologías desarrolladas en el exterior. Esto limitaba el proceso innovador a la introducción de modificaciones menores, provenientes muchas veces del aprendizaje práctico, para ajustarlas a las características del mercado local, las materias primas y la mano de obra disponible. Se pretendía que los grupos que habían alcanzado un adecuado nivel de calidad tanto en investigación y desarrollo como en lo que atañe a la formación de científicos y profesionales pudieran integrar redes de cooperación interdisciplinaria, y conectarse con otros actores del sistema de innovación para asumir como objetivo temas de complejidad y conectarse en flujos de información internacionales.

La interdisciplina en UBA post crisis 2001: consolidación de la cooperación intersectorial e interuniversitaria, instituciones del sistema científico nacional e internacional

Hacia fines de 1998 el país comenzó una larga y honda recesión. La moneda nacional estaba atada a la cotización del dólar estadounidense, los mercados internacionales también acusaban crisis limitando la exportación argentina, la actividad económica había caído fuertemente produciendo los consiguientes efectos negativos sobre la recaudación fiscal, el aumento del déficit y el endeudamiento externo. La administración del presidente Fernando de la Rúa (1999-2001) no logró revertir la delicada situación económica, que se fue haciendo cada vez más aguda hasta concluir con las manifestaciones populares que forzaron su renuncia en diciembre de 2001. Ello dio comienzo a una administración justicialista de transición, que declarararía el *default* del país ante la imposibilidad de pagar las obligaciones financieras contraídas. En plena crisis nacional la UBA eligió a un nuevo rector, el Dr. Guillermo Jaim Etcheverry (2002-2006), ex decano de la Facultad de Medicina e investigador en el campo de la neurobiología, muy reconocido además por su dedicación a la problemática educativa argentina. Las expectativas de un notorio cambio de rumbo político académico luego de la extensa conducción de Schuberoff debieron adecuarse a las inéditas restricciones de la etapa que le tocó liderar. En este contexto entre las decisiones tomadas en el periodo, el CEA dejó de funcionar en 2003. El desafío de la UBA en un comienzo tan traumático del siglo XXI es expuesto por el Dr. Hugo Sirkin, secretario de Ciencia y Técnica entre 2006 y 2014, de la siguiente manera:

Entre las cuestiones metodológicas más importantes que tenemos planteadas por delante no hay prácticamente problema que hoy no requiera abordajes interdisciplina-

rios, es muy difícil encontrar áreas de importancia general que no los requieran. En la UBA lo hemos entendido siempre, pues ya ha habido importantes experiencias de este tipo. El problema no es tanto la falta de iniciativas en interdisciplina sino la perseverancia y el mantenimiento de las actividades en este orden.⁵

Las UBA contaba con la fortaleza fundamental de una red muy amplia de equipos de investigación a los que, en primer término, era necesario mantener, consolidar e incluso extender a las áreas de salida profesional. Unos 2,700 proyectos de investigación básica tenían radicación en el sistema científico de la universidad y se articulaban con el CONICET y otras instituciones del complejo científico nacional. En segundo término, la UBA debía encontrar maneras de orientar al menos una parte de todo este poderoso sistema hacia la aplicación y la resolución de problemas sociales concretos que requirieran investigación y desarrollo. El tercer gran objetivo sería promover y generar activamente prácticas interdisciplinarias, para lograr que el potencial de alrededor de 6 mil personas que participaban en el sistema y sus cerca de 3 mil becarios, interactuaran entre sí y fortalecieran su producción.

Una etapa especialmente promisoría para el cumplimiento de estos objetivos tuvo su comienzo con la elevación al rango ministerial de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Nación. En 2007 la presidenta Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015) creó el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva (MINCYT) con el desafío de articular la producción de conocimiento con el desarrollo social y productivo del país e involucrando de este modo cuestiones de mayor complejidad que las abordadas por los conocimientos disciplinares clásicos. La Dra. Ruth Ladenheim, secretaria de Planeamiento y Políticas en Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva del MINCYT refiere de la siguiente manera el contexto de tal creación y las cuestiones abiertas por resolver:

Los primeros años recorridos desde la creación del Ministerio en el año 2007, se enmarcan en un contexto mundial signado por el cambio climático y la disminución acelerada de la viabilidad de gran parte de los ecosistemas. Estas problemáticas, entre otras, derivan en conflictos de habitabilidad, de escasez del agua, de alimentos y de energía para una población creciente estimada en más de 9,000 millones de seres humanos hacia 2050 [...] Los problemas que abordan estos grandes programas en los

⁵ Presentación del Dr. Sirkin en el "Taller de buenas prácticas para la producción interdisciplinaria de conocimiento científico con relevancia social" que, patrocinado por la *National Science Foundation* de los EUA y con el beneplácito de la UBA, se desarrolló en el Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, el 26/10/2010.

que participan nuestros investigadores tienen una escala que sólo es posible afrontar colaborativamente, y allí se torna prioritaria la cuestión de la interdisciplinariedad.⁶

En ese mismo año la UBA crearía cinco programas interdisciplinarios orientados también a los problemas reconocidos como multidimensionales y cruciales a nivel global, regional y nacional, tales como los usos eficientes de la energía y la búsqueda de fuentes alternativas para su sustentabilidad en el tiempo; las políticas de mitigación y adaptación al cambio climático; las consecuencias sociales de la aplicación de determinadas políticas; la problemática del transporte y su integración a nivel nacional y local en grandes ciudades y las estrategias de desarrollo de mediano y largo plazo. Todos ellos entendidos como oportunidad de generar visiones y prácticas innovadoras, despojadas de tradiciones más acotadas tanto desde el punto de vista de la producción de conocimientos como de las políticas de Estado.

Programas Interdisciplinarios de la UBA sobre:

- Cambio Climático (PIUBACC).
- Marginaciones Sociales (PIUBAMAS).
- Energías Sustentables (PIUBAES).
- Desarrollo (PIUBAD).
- Transporte (PIUBAT).

Los tres primeros estuvieron en plena ejecución desde el comienzo y en el lapso transcurrido han logrado consolidar vínculos de la universidad con los sectores público y privado, identificar demandas sociales de conocimiento y avanzar en la generación de canales más idóneos para coordinar los esfuerzos propios y la relación con los distintos ámbitos de decisión política y utilización del conocimiento. Desde la programación UBACYT del año 2009 se incorporó además una variedad de convocatorias destinadas específicamente a financiar proyectos interdisciplinarios. Si bien en sus primeros años fue baja la representación de los equipos que decidieron concursar en esta variante (24 de 900), la tendencia a hacerlo se ha consolidado y las propuestas cooperativas han ido en aumento.

La necesidad y voluntad de cooperar para responder desde las universidades nacionales a temáticas tan apremiantes así como de atender necesidades y expectativas sociales concretas impulsó también una coordinación mayor entre

⁶ Presentación de la Dra. Ladenheim en el ya mencionado “Taller de buenas prácticas para la producción interdisciplinaria de conocimiento científico con relevancia social”, Buenos Aires, 26/10/2010.

las universidades, el CONICET y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica a través de iniciativas del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) que en su Plan Estratégico de Investigación y Desarrollo de 2010 dio lugar central a la investigación interdisciplinaria en campos como la salud, la producción agroalimentaria y la energía. En el seno del MINCYT se creó en 2015 el Centro Interdisciplinario de Estudios en Ciencia, Tecnología e Innovación (CIECTI) con la misión de contribuir al diseño, la implementación y la evaluación de las políticas de ciencia, tecnología e innovación mediante la investigación interdisciplinaria y el desarrollo de capacidades institucionales y profesionales en un marco de diálogo y acuerdos público-privados.

La participación de una importante cantidad de científicos argentinos en programas internacionales, cuya escala sólo puede afrontarse con la colaboración de diversas disciplinas y sectores sociales, también ha favorecido la investigación interdisciplinaria. La UBA ha sido muy activa en los distintos programas Marco de la Unión Europea, en las convocatorias de la Fundación Nacional de Ciencias (NSF) de los EUA para abordar la complejidad de los sistemas naturales y sociales, y en los llamados a la constitución de redes colaborativas de investigación interdisciplinaria del IAI, entre otras instituciones científicas de alcance mundial. En palabras de Christopher Matius, representante del IAI:

Cuando se habla de ID se habla generalmente de integración, y esa integración guarda tres aspectos. Uno es la integración de las disciplinas dentro de las ciencias, el segundo la integración entre la ciencia y la acción, la política, la aplicación de la ciencia y el tercero es la integración internacional. Muchos de estos problemas de los que estamos hablando, estos problemas complejos, hoy día son problemas que no paran en las fronteras de los países. Por ejemplo, el río de la Plata es una cuenca que involucra también a Brasil, Paraguay y Uruguay. Es así como el IAI, que represento, es un instituto creado por varios países de América, entre ellos Argentina, justamente para abordar estos problemas.⁷

Conclusión

El proceso descrito permite extraer algunas lecciones más generales sobre el papel y la dinámica cambiantes que la interdisciplina ha tenido en el seno de las políticas de investigación de los últimos treinta años. En el contexto de cambios críticos en las condiciones socioeconómicas del país y del mundo, la implementación de políticas interdisciplinarias atraviesa diferentes momentos

⁷ Intervención en el “Taller de buenas prácticas para la producción interdisciplinaria de conocimiento científico con relevancia social”, Buenos Aires, 26/10/2010.

que se corresponden con transformaciones significativas en la manera como se argumenta en su favor y se sostiene su práctica. En un primer momento la apelación a la interdisciplina desempeña una función instrumental, en tanto recurso útil para cuestionar y romper con formas organizativas consideradas perimidas o inadecuadas. Al calor del ardor de las pugnas distributivas por prestigio y recursos, el tiempo que toma a estas iniciativas mostrar resultados que hagan una diferencia con respecto a formas previas y asentadas de producir y evaluar conocimiento acrecienta la vulnerabilidad de las nuevas estructuras interdisciplinarias que las instituciones pudieran haber creado. Así, una de las primeras lecciones que se extraen del proceso descrito es que la promoción de la investigación y la formación interdisciplinarias exige el diseño de dispositivos conceptuales y prácticos que garanticen la continuidad y el reconocimiento de los equipos de trabajo interdisciplinarios y su labor. Estos dispositivos no pueden apoyarse en la interdisciplina exclusivamente en tanto herramienta de valor crítico y transgresor. Argumentaciones acerca de su valor epistemológico pasan a primer plano, promoviendo la reflexión sobre nuevos criterios de éxito y de calidad, a ser formulados ahora teniendo en cuenta si se ha logrado o no integrar perspectivas de conocimiento y valorativas diversas. La búsqueda de relevancia social suma una dimensión política a esta reflexión, dado que la constitución usual de los consorcios de investigación y desarrollo incluye la participación de agentes extra académicos. La conexión y la participación en redes colaborativas de investigación internacionales suele constituirse en factor clave de la sostenibilidad intelectual y material de las experiencias interdisciplinarias.

A lo largo de una sinuosa trayectoria recorrida desde la recuperación democrática hace ya más de 30 años, el espacio de la investigación interdisciplinaria en la UBA y en el sistema científico nacional se encuentra en gran medida establecido. No obstante, el camino aún a recorrer es ancho y exigente. Las nuevas generaciones han convertido muchas de las demandas de la agenda interdisciplinaria en parte propia de su identidad e ideario de formación, pero la continuidad y profundización de las prácticas integradoras supone la decisión de no discontinuar la asignación de recursos suficientes, de repensar los mecanismos de evaluación de la actividad científica, de reconocer el tiempo que ha de invertirse en la cooperación intersectorial e interinstitucional para lograr una comprensión mutua que redunde en la producción conjunta de conocimiento robusto y relevante. La conciencia que los agentes institucionales y los equipos de investigación tienen acerca de estas cuestiones aún pendientes no hacen sino auspiciar con optimismo que las importantes promesas que la cooperación enuncia se encaminen a concretarse por encima y más allá de lo que hasta el presente lo han hecho. ■

Referencias

- Albornoz, Mario. «El vértice académico y la necesidad de una reforma.» En Héctor Ciapuscio (comp.), *Repensando la política tecnológica. Homenaje a Sábado*. Buenos Aires: Nueva Visión, 157-169, 1994.
- Arocena, R. y J. Sutz. *La universidad latinoamericana del futuro. Tendencias-Escenarios-Alternativas*. México: UDUAL, 2001.
- Buchbinder, Pablo. *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.
- Ciapuscio, Héctor (comp.) *Sábado y la tecnología. Repensando la política tecnológica. Homenaje a Sábado*. Buenos Aires: Nueva Visión, 11-76, 1994.
- Halperín Donghi, Tulio. *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EUDEBA, 1962
- Hidalgo, Cecilia, C. Natenzon y G. Podestá. «Del entusiasmo al pragmatismo: cambios en las perspectivas de éxito en la investigación interdisciplinaria.» *Revista Interciencia* 36(2), febrero 2011.
- Lattuca, Lisa. *Creating interdisciplinarity: Interdisciplinary research and teaching among college and university faculty*. Nashville, TN: Vanderbilt University Press, 2001.
- Lyall, Catherine, A. Bruce, W. Marsden y L. Meagher. «The role of funding agencies in creating interdisciplinary knowledge.» *Science and Public Policy*, 40(1), 2013.
- Nochteff, Hugo. «Existe una política de ciencia y tecnología en la Argentina? Un enfoque desde la economía política.» *Desarrollo Económico* 41(164), enero-marzo, 2002.
- Riquelme, Graciela. *Educación superior, demandas sociales, productivas y mercado de trabajo*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores, 2006.
- Stagnaro, Adriana. *Ciencia a pulmón. Etnografías de laboratorios argentinos en biotecnología*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus-Flacso, 2015.
- Oteiza, Enrique (comp.). *La política de investigación científica y tecnológica en Argentina. Historia y perspectivas*. Buenos Aires: CEAL, 1992.
- Podestá, G. P., C. E. Natenzon, C. Hidalgo y Fernando Ruiz Toranzo. «Interdisciplinary production of knowledge with participation of stakeholders: A case study of a collaborative project on climate variability, human decisions and agricultural ecosystems in the Argentine pampas.» *Environmental Science and Policy* 6: 40-48, 2012.
- Thompson Klein, Julie. «The taxonomy of interdisciplinarity.» En Frodeman, R., Thompson Klein, J. y C. Mitchman (eds.) *The Oxford Handbook of Interdisciplinarity*, 2011.
- Vasen, Federico. *La construcción de una política científica institucional en la Universidad de Buenos Aires (1986-1994)*. Tesis doctoral inédita. 2012.

Vienni, Bianca, P. Cruz, L. Repetto, C. von Sanden, A. Lorieto y V. Fernández (co-ords.). *Encuentros sobre interdisciplina*. Montevideo, Uruguay: Espacio Interdisciplinario de la Universidad de la República, Ediciones Trilce, 2015.